

La entrega

Mauricio Molina

¿Qué hubiera pasado si Lolita se hubiera quedado con Humbert Humbert? Probablemente algo parecido a lo que Mauricio Molina —autor de Fábula Rasa, Mantis Religiosa y La geometría del caos, entre otros— nos relata en este breve cuento donde se escuchan, siniestras, las carcajadas de Vladimir Nabokov.

Marta se había afanado para preparar la cena. El aroma de las especias inundaba nuestro pequeño departamento. Yo permanecía encerrado en mi estudio tratando de hacer como que estaba trabajando. La vida tenía que seguir con su monotonía habitual. De cuando en cuando Marta me preguntaba si quería un trago, yo lo negaba.

—Mejor prepara el vino y los bocadillos.

—¿Estás bien?

—Mucho mejor de lo que te imaginas —respondí—. Las lágrimas se negaban a brotar. Había que detenerlas de algún modo. Adormecerse. Hacer como que todo era normal. La botella de Jameson ya llevaba un buen tiempo conmigo y había tomado unos cuantos trances.

El ruido del timbre me sobresaltó un poco, pero decidí terminar algunas frases que ya llevaba horas construyendo en mi mente.

Por fin abrí la puerta del estudio y me metí en el baño. Sabía que el invitado estaba presente, pero decidí dejar que el tiempo sucediera sin prisas. Las atrocidades requieren de sus momentos.

Ebrio apenas, con los ojos inyectados, salí del baño y me dirigí parsimoniosamente a la habitación para vestirme, ponerme un poco presentable.

Sabía de la existencia de Mario desde hacía por lo menos un año. Marta me había revelado su amorío apenas hacía unas semanas en nuestra casa de campo, después de una larga tarde de inquisiciones y largos interrogatorios: la clásica escena de celos, los diálogos oblicuos, las preguntas sesgadas y la final rendición. Habíamos con-

cluido de que aquella, la cena en casa, sería el mejor lugar para dar por terminado el asunto.

Me encontré con los dos bebiendo unos whiskies de malta provenientes de mi cava personal. Me contuve para no hacer un comentario odioso.

Sin embargo, el tipo, Mario, no me pareció desagradable del todo. Marta había elegido bien. Yo había indagado todo de él, en buceos superficiales por la red: escritor laborioso, un poco irregular, buen académico. Prosa descuidada, como corresponde, algunas ideas originales; acaso, un brillante futuro, pero de ninguna manera un talento, mucho menos el genio que Marta me había descrito entre llantos la fatídica noche de su confesión.

Cuando vino el momento de los saludos noté que Marta tenía una leve humedad nerviosa sobre sus labios, esos labios que habían sido míos durante años. Sabía que un mundo, un universo entero estaban por terminar aquella noche. Marta me ofreció de inmediato un trago. Me lo bebí de un sorbo y me senté en la sala. Miré a los ojos de Mario. Intuí una combinación de miedo e insolencia. Después de unos segundos supe que no sabía nada de mi relación con Marta. Sentí vergüenza y miedo. Este desgraciado me iba a quitar todo: a Marta, años de convivencia, tantas cosas.

La música atenuó el presentimiento. Nunca me gustó Glenn Gould. El sudor bañaba mi camisa de lino. Sentado en mi sillón los observé unos momentos. Era obvio que estaban enamorados. Yo había pasado a un plano superfluo. Mario intentó hablar de mis libros.

—He leído su obra...

Marta detuvo el incipiente diálogo.

—A papá no le gusta que hablen de sus cosas.

(“Papá”, si este imbécil supiera las sutilezas que ocultaba esa palabra en boca de Marta, pensé).

—Pero déjeme decirle... aquí traigo unos libros para que me los firme. Usted no lo sabe pero es un autor de culto en mi generación.

Marta lo miró casi con odio.

Yo guardé silencio.

—Preferiría un poco de Satie... —dije para desviar la conversación.

Marta de inmediato cambió la música y moduló la luz de la sala.

—La lasaña está casi a punto.

Era la señal para que abriera un par de botellas de vino.

Los canapés de salmón y caviar falso sirvieron sólo para acentuar el silencio.

Satie: música perfecta para la ebriedad, el rompimiento, la muerte.

De pronto, entre los muebles, apareció Benny, nuestro perro, el mismo que Marta había escogido hacía años y ahora hacía las veces de maestro de ceremonias con sus juguetesos.

El impulso de encender el televisor, de anular aquella escena me asaltaron, pero Marta me miró con su mirada medusante cuando vio el control remoto en mi mano y me contuve.

—¿Es cierto que está por publicar un nuevo libro? Marta me dice...

—No escribo nada. Llevo años sin tocar la pluma o el lápiz o los teclados y pantallas que ustedes usan.

—Te dije que no le gusta hablar de su trabajo. Claro que está escribiendo. Como todo lo suyo, cosas que no pasan de las veinte páginas. Esa prosa cerrada, intensa... está en el mejor momento de su obra.

Odiaba las definiciones de Marta.

—¿Y usted? ¿Qué escribe? —inquirí desdeñosamente.

Mario me miró como si acabara de encontrarme.

—Estoy escribiendo una novela.

Lo miré con ironía. Se dio cuenta.

—...es un intento nada más.

—Escribir novelas es lo de hoy. Hay que hacer dinero.

Desde la cocina se escuchó la voz de Marta:

—Que no te engañe. Mario está escribiendo una historia muy buena.

La odié: los celos, la envidia como bilis me invadieron. Tuve náuseas.

—Ahorrémonos los pormenores. De qué va su novelita.

—Es sobre el dinero y el engaño —dijo Mario con prontitud.

—No hay otro tema posible.

Era abominable.

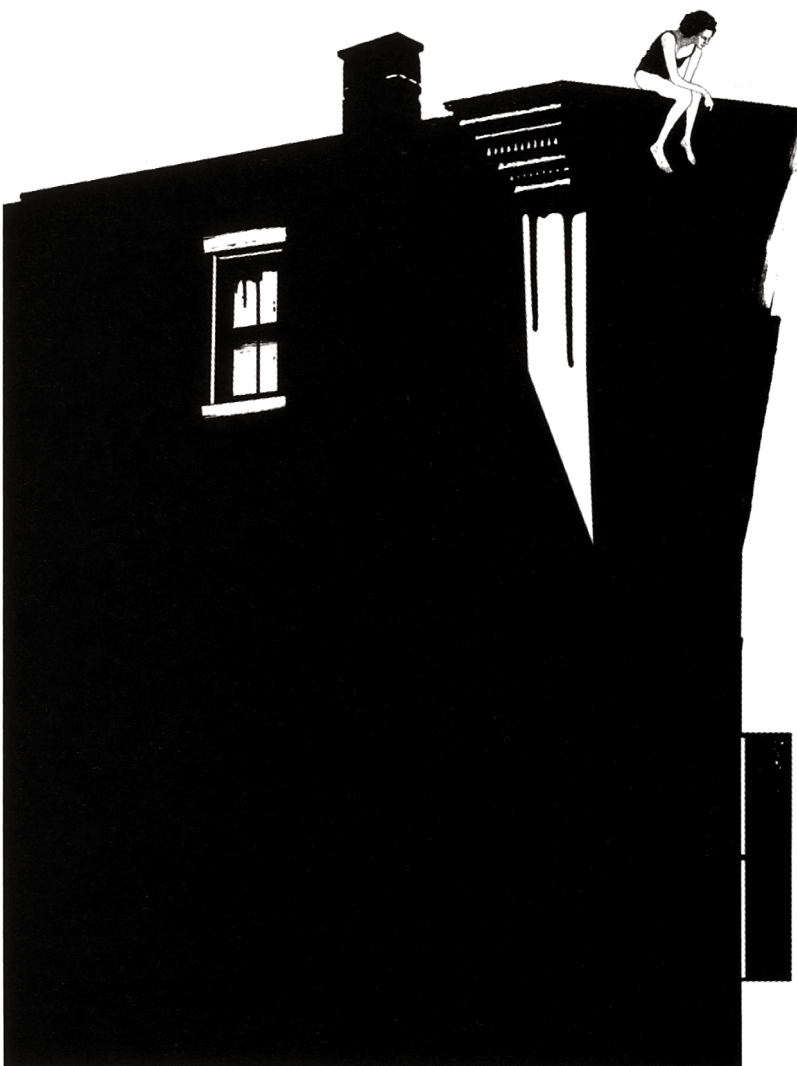
Marta salió de la cocina con la lasaña y Mario sirvió los vinos con entusiasmo. Sus ojos brillantes revelaban que me quería contar la trama de su novela. Sentí lástima.

Durante la cena hablamos del ambiente literario. De cómo había conocido a Marta, en el taller literario que el sujeto impartía para ganarse la vida, de la complicidad que había surgido entre ellos. Yo cambiaba el tema hacia Gombrowicz, Beckett, Walser, lo que fuera, pero él insistía en las virtudes de la que hasta ese momento seguía siendo mi mujer.

—Marta tiene la veta de lo fantástico —dijo Mario con auténtica admiración.

Pensé en las formas que tenemos los hombres para llevarnos a una mujer a la cama. Nada tiene que ver el talento, ni siquiera la belleza: los hombres somos seres primitivos en cacería perpetua. Cuando aparecen el talento y la inteligencia entonces salimos huyendo después de un encuentro, si es que lo hubo. Había que reconocerlo: Mario era un hombre valiente.

—Seguramente lo heredé de alguna parte, ¿verdad? —dijo mirándome a los ojos inquisitivamente. Gracias a eso pude dirigir la conversación hacia Machen, Sadeq Hedayat, Amos, Tutuola, sólo para dejarlo fuera de lu-



David Foldvari, *Rooftop*

David Foldvari, *Old*David Foldvari, *Georgie...*

gar. El único que le pareció vagamente conocido fue Machen. Se quedó mudo cuando le hablé de la influencia de Alexander Lernet-Holenia sobre Rulfo.

Después de la cena saqué una botella de champán. Había que sacar a flote la cuestión.

—Hora de celebrar, Mario, ¿así que te vas a casar con Marta?

—Es todo lo que quiero —dijo con la ingenuidad de un chico de veintitantos años—. La voy a hacer feliz, ya usted verá. En ese momento Marta mostró un deslumbrante anillo de compromiso en su dedo anular. No había reparado en él.

Supe que ya no podía hacer más nada.

Me retiré a la cocina. Tomé dos lexotanes y largos tragos de whisky. Suspiré profundo, sequé mis lágrimas con un trapo manchado de salsa de tomate.

Cuando regresé estaban abrazados y besándose.

Marta me miró sorprendida:

—¿Qué te pasó? Tienes la cara ensangrentada.

—Nada, es jitomate.

Era la hora de la verdad.

Cuando me vio tambaleándome, con la botella de whisky, Marta cerró los ojos con una expresión de angustia.

Una voz que no era mía rompió la apacible escena:

—Mire, joven, para que lo sepa de una vez: Marta no es mi hija. No soy su padre. Hemos vivido mucho tiempo juntos —le dirigí una mirada asesina—, ¿sabe que dentro de una semana cumplimos diez años juntos? —volví a ver el rostro demudado de Mario—, la conocí cuando tenía catorce y yo cuarenta y siete. Ahora se enamoró de ti. Seguramente vendrán otros...

—Papá... —gritó Marta como tratando de seguir cubriendo las apariencias.

—Llévesela ahora, antes de que lo mate.

Me encerré en mi habitación. Sillas cayéndose, un portazo, gritos. Silencio.

Sabía que no volvería a verla nunca más.

Han pasado meses.

Me dicen que son felices. Su embarazo avanza.

A mí cada vez me importan menos las cosas.

Afuera sólo me espera el invierno. **U**